

## TEXTO 1

Si no hay retrasos de última hora, la compañía Kuma Games pondrá hoy a la venta un videojuego sobre la captura y muerte de Gadafi. No sé qué me resulta más repugnante de la noticia, si el hecho mismo de crear un juego sobre la brutal caza del tirano, o la celeridad de buitres carroñeros con que se han lanzado a picotear los despojos. Aunque por otra parte no sé por qué me escandalizo: desde el asesinato del dictador, las terribles imágenes de su final no hacen más que dar vueltas por todas partes. Una orgía de sangre y necrofilia, una fiesta de Halloween en carne real. Gadafi era sin duda un monstruo, y que Occidente lo haya tenido de aliado no atenúa su monstruosidad: solo muestra la vileza de la política internacional. Pero, aunque fuera un criminal, el horror tumultuoso de su ejecución y la ferocidad de los que le acosaban son espeluznantes. En la agonía final, en la indefensión de la carne lacerada, en el pringoso color de la sangre todos somos iguales. Es inevitable sentir compasión ante su cadáver maltratado, y esa compasión es lo que nos hace humanos. Desde el principio de los tiempos, tácitos acuerdos de honor y respeto detenían por unas horas las batallas más bárbaras para que los contendientes pudieran rescatar a sus muertos. Y el hecho más horroroso que describe La Iliada no es el violento fin de Héctor, sino que Aquiles mancillara su cadáver y lo arrastrara durante nueve días llevándolo atado a su carro de combate. Sin esa piedad final, sin esa empatía que te permite reconocerte en el cadáver del otro, aunque sea tu enemigo, no somos más que alimañas (como los etarras incapaces de compadecerse de sus víctimas). El respeto y el honor que antes mencioné no son en realidad a los muertos, sino a nosotros mismos. Por eso me parece tan preocupante una sociedad que hace un videojuego de un linchamiento. Rosa Montero, El País, 25 de octubre de 2011

## TEXTO 2

Vivimos tiempos crueles. Las noticias injustas, escandalosas, patéticas, se desbordan a diario para dejarnos en el paladar un regusto de amargura hastiada, casi domesticada. Cospedal no paga a los farmacéuticos ni el IBI de los hospitales, pero el espesor de su maquillaje no se resiente mientras aclara que ella no recorta, sino que ajusta para garantizar el futuro del sistema. Al escucharla, la carcajada se congela, y duele. Nos hemos acostumbrado tan deprisa al cinismo, a la demagogia, a la degradación de las instituciones democráticas, que ya tenemos agujetas en los músculos de la risa, en los del escándalo. La actualidad es una pura risa helada, desde el Bundestag hasta el Parlamento catalán, pasando por el desparpajo rancio y achulado de Aguirre, que el día menos pensado dejará de maquillarse porque sus poros de piedra berroqueña no podrán absorber ya ningún cosmético. Pero la crueldad de esta crisis que no es una crisis desborda día a día sus consecuencias para invadir, y contaminar, y desvirtuar nuestra percepción de la realidad. Patxi López se ha subido a una tribuna para dar por sentado el fin de ETA. De este discurso, anhelado durante décadas, apenas han trascendido, sin embargo, las críticas electoralistas a su oferta de acercamiento de presos. Eso sí que es cruel. Hasta hace muy poco, el júbilo, aun controlado, sujeto a condiciones, se habría desbordado en todos los titulares. No habría sido para menos después de tanto miedo, tanto sufrimiento, tantas víctimas. Pero, resignémonos, la humanidad ha pasado a un segundo plano. ¿A quién le importa la paz, mientras las Bolsas fluctúan, y la prima de riesgo sube, y la deuda soberana se estrella? Lo que importa es cómo conviven las cifras, no las personas. Pero no se preocupen. Dentro de poco, cuando ya no tengamos agujetas ni en el corazón, todo será más fácil. Almudena Grandes, El País, 3 de octubre de 2011

## TEXTO 3

Ya se sabe que las cosas sólo existen si salen en las noticias, pero este axioma mediático parece ser cada día más verdadero. Por ejemplo, me pregunto por qué el caso de Marta del Castillo se ha convertido en un acontecimiento de semejante magnitud. Desde luego es una tragedia y, para los

padres, un infierno absoluto. En su lugar, todos estaríamos igual de convencidos de que no ha sucedido nada más atroz. Pero, por desgracia, la vida abunda en atrocidades. A juzgar por los indicios, en el drama de Marta no parece haber habido el horror añadido que hubo en otras muertes, como, por ejemplo, la de Sandra Palo. Quiero decir que hay demasiadas historias espantosas, adolescentes violadas y asesinadas, mujeres apaleadas y quemadas, niños torturados hasta dejarlos inválidos, y ninguna de estas brutalidades se convierte en un asunto de prioridad nacional ni los familiares de las víctimas son recibidos por Zapatero como ocurre con Marta. ¿Qué ha pasado en esta ocasión? Puede que una pura casualidad informativa: alguien de la prensa local que se fija en el tema, alguien de la nacional que lo recoge porque tal vez esté flojo de noticias... Así se va formando una pelota histórica. Los medios construyendo la realidad. Más aún: los medios suplantando nuestra vida. La británica Jade, disparatada concursante de Gran Hermano y enferma de cáncer terminal, piensa morir ante las cámaras previo pago de un pastón. En esta sociedad somos capaces de chatear en directo con Australia, pero puede que no sepamos que nuestro vecino está moribundo. Cada vez huimos más de nuestras responsabilidades personales: nos escaqueamos del cuidado de nuestros enfermos y de sus agonías. Pero el final de Jade será contemplado por millones. Es como convertir la experiencia de la muerte en un descafeinado y manejable tamagotchi. Qué mundo tan raro. (Rosa Montero, El País, 24 de febrero de 2009).

#### TEXTO 4

Se debate acerca de si nos habríamos metido en la que estamos de haber mandado las mujeres. O más mujeres. Dejado claro que hacen falta más mujeres en los puestos altos de la política y en la dirección de las empresas, resulta dudoso que la feminidad suponga en sí misma un plus favorable. Como si por el simple hecho de ser mujer ya se poseyeran, de nacimiento, las cualidades necesarias para no conducir los asuntos al abismo: sensatez, capacidad de diálogo, sensibilidad hacia los demás, incapacidad para la especulación... Bueno, eso me parece francamente discriminatorio. Sería como decir que los negros bailan mejor porque están más dotados para el ritmo, o que los árabes pueden fabricar perfumes más interesantes porque tienen las fosas nasales más anchas, o que ser gay garantiza un olfato impecable para la decoración de interiores. Un disparate. Sí es cierto que necesitamos otro tipo de personas, de cualquier sexo. Personas con valores distintos, cuyo sentido de la responsabilidad en el mando sea más importante que su tendencia a someterse a la falocracia del poder -en el sentido de mira qué grande que lo tengo, qué grande que soy, qué rico me he hecho-, hasta ahora tan en boga. Hombres y mujeres con principios. Que no contemplen el capital que se les ha dado para administrar, o el territorio político para el que deben trabajar, como un simple medio de autopromoción y de rapiña. Conozco a unas cuantas mujeres que se consideran feministas y que no le harían ascos a una estafa de la pirámide como la de Madoff. También conozco a otras que llegaron por sus propios méritos a los aledaños del poder. Una vez allí, al aspirar la viciada atmósfera de las cumbres, vomitaron y se fueron a casa. Hombres de esta clase también conozco. Aunque menos. (Maruja Torres, El País, 26 de marzo de 2009).

#### TEXTO 5

El 25 de abril de 1998 fue el día del desastre del vertido tóxico de Aznalcóllar. Ante el mayor desastre ecológico de Europa todos estuvieron a una para hacerlo irreversible. Hoy, la Junta de Andalucía puede decir con orgullo que la zona está en mejores condiciones que antes de que se produjera el vertido. El Centro Superior de Investigaciones Científicas, la Estación Biológica de Doñana, los técnicos, científicos, políticos, ciudadanos de a pie que participaron en los titánicos trabajos de limpieza; todos los que han trabajado y siguen trabajando en la recuperación de la zona, pueden estar orgullosos de haber demostrado que si se quiere se puede y que nada irreversible tiene que ser

irreversible, si se pone empeño político, conocimiento, voluntad y dinero para que las cosas funcionen como tienen que funcionar. La recuperación de lo que fue un mar de lodos; la vuelta al lugar de pájaros, peces, reptiles, insectos, la vida en fin, es una realidad que debe ser celebrada. La imagen de las instalaciones de explotaciones fotovoltaicas, productoras de energía limpia, sobre lo que fue la balsa de la que salió el veneno; cada uno de los logros tras la gesta de limpieza de los suelos envenenados, debe conocerse. En los días del desastre hubo quienes se excedieron en la apreciación sobre la imposibilidad de recuperar el lugar, a la vista está que, felizmente, se equivocaron. El pesimismo recorrió el mundo y, por lo mismo, sería justo que de lo hecho se supiera en el mundo o, al menos, en la España presta a atender noticias de desastres, siempre que se sirvan desde una Andalucía tantas veces mal contada. (M<sup>a</sup> Esperanza Sánchez, El Correo de Andalucía, 2008).

## TEXTO 6

De niños, buscábamos en la playa una botella con un mensaje dentro porque se nos había metido en la cabeza que uno venía al mundo para salvar a un naufrago. No imaginábamos que de mayores, en lugar de encontrar la botella, encontraríamos al mismísimo naufrago. Y no sería uno, sino miles. Ahí están, llegan todos los días a nuestras costas, procedentes de países que se han ido a pique y por cuya borda han logrado saltar en el último instante. Algunos llegan muertos y no nos dejan otra oportunidad que la de enterrarlos, pero los vivos tienen todo lo que se espera de un verdadero naufrago: hambre, sed, pánico, fiebre, frío. Llevamos toda la vida esperándolos y ahora no somos capaces de reconocerlos. A lo mejor resulta que nos conmueve más un grito de socorro escrito en un papel que salido de la propia garganta del desventurado. De hecho, si encontráramos el mensaje de un naufrago dentro de una botella, nos pelearíamos por dar con él para contar su historia en exclusiva. Las empresas de alimentación, de ropa, de ocio y de informática pagarían enormes sumas de dinero para apropiarse del cuerpo del infeliz, de modo que la noticia de su salvamento quedara unida para siempre al logotipo de su marca. Los políticos desbaratarían sus agendas para entregar al desdichado las llaves de la ciudad y proveerle de la documentación precisa para que circulara sin problemas. Por fin, dirían algunos, hemos hallado al naufrago cuya salvación justificaba nuestra vida. En lugar de eso, los burocratizamos con una eficacia tal que cuando la marea abandona sus cuerpos en la playa han dejado de ser personas con una biografía dentro (con dos, en el caso de las mujeres embarazadas) para convertirse en un objeto de consumo de las leyes. ¿Qué diríamos de alguien que frente a una catástrofe natural se pusiera a legislar la catástrofe en vez de acudir en ayuda de los damnificados? Pues eso es lo que están haciendo los políticos: negociar el modo de regular los naufragios, lo que, además de ser una locura, no soluciona el problema, ni siquiera lo alivia. Mientras los cuerpos de los naufragos que han venido a salvarnos se amontonan en el depósito, aún seguimos buscando la botella. (Juan José Millás: "El mensaje" en El País, 2003).

## TEXTO 7

Jugar en la calle. Jugar en grupo. Esa es la actividad extraescolar que un grupo de educadores y psicólogos americanos han señalado como la asignatura pendiente en la educación actual de un niño. Parecería simple remediarlo. No lo es. La calle ya no es un sitio seguro en casi ninguna gran ciudad. La media que un niño americano pasa ante las numerosas pantallas que la vida le ofrece es hoy de siete horas y media. La de los niños españoles estaba en tres. Cualquiera de las dos cifras es una barbaridad. Cuando los expertos hablan de juego no se refieren a un juego de ordenador o una playstation ni tampoco al juego organizado por los padres, que en ocasiones se ven forzados a remediar la ausencia de otros niños. El juego más educativo sigue siendo aquel en que los niños han de luchar por el liderazgo o la colaboración, rivalizar o apoyarse, pelearse y hacer las paces para sobrevivir. Esto no significa que el ordenador sea una presencia nociva en sus vidas. Al contrario, es una insustituible

herramienta de trabajo, pero en cuanto a ocio se refiere, el juego a la antigua sigue siendo el gran educador social. Leía ayer a Rodríguez Ibarra hablar de esa gente que teme a los ordenadores y relacionaba ese miedo con los derechos de propiedad intelectual. No comprendí muy bien la relación, porque es precisamente entre los trabajadores de la cultura (el técnico de sonido, el músico, el montador, el diseñador o el escritor) donde el ordenador se ha convertido en un instrumento fundamental. Pero conviene no convertir a las máquinas en objetos sagrados y, de momento, no hay nada comparable en la vida de un niño a un partidillo de fútbol en la calle, a las casitas o al churro-media-manga. Y esto nada tiene que ver con un terror a las pantallas sino con la defensa de un tipo de juego necesario para hacer de los niños seres sociales. (Elvira Lindo, “Juguemos”, El País. 2011)

## TEXTO 8

Somos la última generación que come. Algunos de sus miembros, se entiende, porque, aunque convendría generalizar, no es posible. Quienes nos releven y pasen una pequeña temporada en este planeta no van a comer y tendrán que conformarse con ingerir. La gastronomía, que es el sutil arte de transformar en placer una necesidad, va a ser cada vez más minoritaria. Los alimentos transgénicos, por una parte, y los adulterados, por otra, nos invaden. En vista de eso, el Consejo de Ministros ha aprobado la creación de la Agencia Española de Seguridad Alimentaria, que pretende controlar los alimentos y garantizar los productos que consumimos, para que a su vez no nos consuman a nosotros. Se veía venir desde hace tiempo. Cuando los pollos dejaron de ser el sueño posbélico de Carpanta y desde que a la leche no hubo necesidad de quitarle la nata. Antes, incluso, del advenimiento de las indescifrables hamburguesas y de la fuga del peculiar aroma de algunas frutas prohibidas. Vino la llamada comida rápida, que ocasiona lentas digestiones, y alguna gente se acostumbró a que llegaran los platos en moto o por correo certificado. Posteriormente vino la adulteración, que nunca se había ido del todo. El tristísimo caso de la colza fue un aviso que previno a muchas personas, pero a otras se las llevó por delante. (Ha tenido plagiaros y ahora mismo se ha desmantelado una red de falsificadores de aceite, que daban gato por liebre y orujo y girasol por oliva). Todo un largo proceso que está culminando con las vacas esquizofrénicas para las que no estaban previstos los manicomios. El Gobierno ha aprobado la Agencia de Seguridad, pero se resiste a darle nueva financiación, con lo que nosotros vamos a tener la seguridad de que se seguirán adulterando los alimentos, bajo el conocido lema de lo que no mata engorda. Quizá sea conveniente seguir el consejo de Umberto Eco, que todas las semanas se pone a dieta, igual que todas las semanas deja de fumar. Es cuestión de voluntad y yo sé poco de eso. (Manuel Alcántara, El Sur. 2007)

## TEXTO 9

Los humanos somos animales sociales, y no sólo necesitamos vivir con los demás, sino que además o sobre todo anhelamos ser comprendidos, es decir, ser capaces de comunicar hasta el más remoto rincón de nuestra intimidad con los seres queridos. De hecho, creo que éste es uno de los mayores malentendidos de la vida en pareja, un espejismo que puede provocar la ruina de la relación, porque muchos enamorados, sobre todo si son jóvenes, aspiran a la fusión absoluta con el amado, a quien imaginan como el alma gemela con quien compartirlo todo; y luego, claro, cuando la pareja muestra inevitablemente otros gustos o no entiende determinadas emociones, entonces algunos se lo toman a la tremenda, como si eso fuera la prueba irrefutable de que se han enamorado del hombre o la mujer equivocados. Pero el caso es que la media naranja idéntica no existe, y es ilusorio pensar que pueda haber en el mundo una persona con quien entenderte al cien por cien. ¿A quién se le puede decir todo? Obviamente, a nadie. Uno es tantas cosas. Tantas pequeñas, ínfimas cosas. Esa luz entrevista en el agua negra. Un estremecimiento de alegría al escuchar una canción. Una reflexión, una pena, una caricia. Sentimientos, conocimientos y memorias. Todo un universo de menudencias imposible de

transmitir a los demás. En uno de sus libros de memorias, Simone de Beauvoir decía que lo que más le apenaba de envejecer y de su cada vez más cercano horizonte de mortalidad era la desasosegante idea de que se perdieran todos los conocimientos que había acumulado en su ya larga vida. Todos los libros leídos. Las películas vistas. Los pensamientos hilvanados. Las músicas disfrutadas. Ese largo esfuerzo, esa compleja edificación intelectual y ese deleite desaparecerían sin dejar rastro al morir ella, como una bonita pompa de jabón al estallar. Y es que uno es eso, justamente. Somos una suma de bagatelas. Por eso en su precioso y premiado libro *Tiempo de vida*, escrito tras la muerte de su padre, Marcos Giralt Torrente se embarca en unas cuantas retahílas descriptivas de los gustos paternos: "Tenía debilidad por los fritos y por todo lo que llevara bechamel (...), le gustaban los embutidos, los macarrones, las albóndigas; le gustaba el repollo, la remolacha, el atún...". Unos párrafos tan triviales que resultan profundamente conmovedores. El leve y enredado garabato de nuestra identidad también se construye sobre el placer con que te comes unas croquetas. (Rosa Montero, "La luz de un pequeño barco en la oscuridad", *El País*, 2012).

## TEXTO 10

La lectura de periódicos supone una novedad en el aprendizaje de niños y adolescentes. El Ministerio de Educación y Cultura y la Asociación de Diarios Españoles han debatido la posibilidad de incorporar el periódico del día a la escolaridad de una manera fácil y espontánea. A uno le parece un proyecto sugestivo, ya que nuestra enseñanza tiende a ser una enseñanza de lo antiguo, con lo que se consigue que el chico odie a los clásicos y ese lenguaje altoparlante que usaban. La enseñanza de la lectura debe llevarse de adelante a atrás. Recuerda uno el tedio de las clases de infantiles y adolescentes donde nunca acabábamos de dialogar con los Reyes Godos, con los Reyes Católicos o con los otros reyes, que siempre había un rey a mano dispuesto a escolarizarnos con su lenguaje retórico. Por el contrario, el periódico del día supone una intromisión alegre y despejada en mil temas diversos, desde la rotura de una cañería en el barrio de al lado hasta la visita de un general extranjero. Y encima venía el fútbol, con fotos y apuntes del periódico local. El periódico del día suscita siempre mil noticias vivas que tienen todas un perfume de actualidad e interesan al joven estudiante. Para la imaginación impaciente del chico es más importante el periódico, con su información trepidante. Quiere decirse que si la paloma de papel del periódico se hubiese posado más en nuestra aula nos habríamos bañado todas las mañanas en la actualidad de la calle, porque el periódico reciente huele a calle y a tinta fresca. La televisión y otros medios informativos sí se utilizan en muchos colegios para la enseñanza de distintas materias y para el conocimiento mismo de la técnica comunicacional. ¿Y por qué no se hace lo mismo con el periódico? Los escritores de periódicos son más amenos y callejeros que los clásicos de plazuelas y los técnicos de ordenador. La prueba es que el público lo sigue leyendo como lectura imprescindible al margen del electrodoméstico televisión. La lectura del periódico es la lectura de la actualidad pasando ante nuestros ojos con su glosa como banderola. Enhorabuena y que salga la cosa. Francisco Umbral, *El Mundo*, noviembre de 2003.